

Cartas a Ulises
Helmut Brodovsky

Introducción, recopilación y notas

Diego L. Monachelli

A Anneris Amaltea,
amoroso guardián de nuestras vidas

“Llega el momento en que algo sin importancia, sin sentido,
nos obliga a despertar y mirar las cosas tal como son.”

Juan Carlos Onetti

“Oh hambre abstracto de las cosas,
celo impotente de los momentos,
orgía intelectual de sentir la vida!”

Fernando Pessoa

“...Después, naturalmente, dejó de escribir.

Una cosa es el verde en la naturaleza y otra en la literatura.
La naturaleza y las letras parecen tenerse una natural antipatía;
basta juntarlas para que hagan pedazos.”

Virginia Woolf

A modo de introducción

A todos nos está vedado saber algo acerca de los comienzos. Esto mismo, estas líneas que semejan tal cosa, no son más que la prolongación, la continuidad de un inagotable e indescifrable cúmulo de circunstancias.

Sí, nos está vedado saber acerca de todo comienzo. Por eso, intentar la falacia, la arrogante presunción de decir: “Todo comenzó cuando...” es un despropósito, una violación al misterio. A medida que ahondamos en nuestro pasado, nada de lo que se interpone en ese devenir errante es un punto de partida. Siempre llegamos a algo anterior, como si fuera consecuencia de una acción que escapa a nuestra voluntad; de nuestra memoria, a nuestra propia vida. La necesidad de controlar y de ordenar la historia nos lleva a desperdigar hitos a través del caprichoso orden que le hemos dado a los días.

Ninguna celebración es apropiada ni certera. Tan sólo engalanamos un día cualquiera, un acto que a nuestros ojos es relevante por incomprensible, por aborrecible o dichoso, pero jamás podremos celebrar los comienzos. Pretender –por ejemplo– que el día de nuestro nacimiento es el principio, es un gran error. Nosotros comenzamos mucho antes, en un paisaje inimaginable, arcano, en un devenir inagotable y constante.

El misterio de todo comienzo es inexpugnable, pero podría decir: “Fue detrás de la casa, en la otra orilla del huerto que la divide, donde supo haber un gallinero, ahora diminuta habitación en la que apenas cabe su cama y una mesa de noche, en la que retozan unos pocos libros que jamás alcanzan a cubrirse del más sutil polvo. Y más allá –detrás– en el ángulo donde chocan las paredes, el caño de una escopeta.”

Es apenas una imagen estática en el recuerdo, estática y sin sonidos, con un vago aroma a mate, fuerte y amargo, invariablemente solitario y persistente, tramado con la ancianidad de su aliento gastado por la vida, pero no derrotado. Un techo de arpillera panzón busca relajarse hacia el piso

de baldosas sueltas o toma fuerzas para saltar hacia las chapas oxidadas y las cuatro o cinco vigas de madera que esconden arañas y tiempo. Eternidades cortadas a mano, a puro hacha y serrucho, subidas al hombro tenso y rudo; montadas sobre los huecos ladrillos grises como los días que se irían durmiendo a su amparo.

No fue ahí donde aprendí la muerte, fue mucho después, en otros paisajes quizás menos amables. Pero sí fue en ese cuarto donde supe de la urgente necesidad de la vida por agotarse y nuestra resistencia.

Aquel peregrinar caótico, sensible, hallaba la culminación en un punto inmóvil, punto que se inflamaba incitado por una línea casi indescifrable, maraña de sitios y tiempo que esos pies –esos que se rozan uno contra otro debajo de una gruesa manta tejida a mano y bajo un poncho de alpaca– habían parido incesantemente. Un parto inagotable que al fin parecía dar a luz. Como sucediera con él y según confirmó –por doce pesetas con cincuenta– el certificado de la embajada de España (Una, Grande, Libre), sección de asuntos consulares de Buenos Aires: “Don Ángel Gómez Varela. Nacido en San Jorge, provincia de Lugo, el 5 de abril de 1888”.

Y agrega, con la misma frialdad y desidia con que se les cuelga a los muertos el nombre que los señaló y la causa que lo hace inútil ya, sin decir nada acerca de la vida: “Profesión: jornalero. Estado: soltero. Residente en Tandil, provincia de Buenos Aires”.

Un sello, casi una mancha ininteligible, confundiéndose con las plumas del águila inadjetivable que sostiene el escudo de aquella patria. Luego un breve silencio en el papel, un garabato que desciende hacia el final, otro nombre y más abajo aún la “firma del interesado”. Letra a letra dibujado el nombre y los apellidos, palpable la delicada lentitud en la tinta, la perfecta curva de la A que atraviesa la línea punteada y que baja y sube perdiendo grosor, desapareciendo en el gesto de la mano firme, de los dedos gruesos cincelados por el trabajo y rejuvenecidos ahora por los libros y la postración última. Cada letra como un claro destino, decidido a no ser sumiso en el olvido, orgullo del trazo de las horas y los días, los rostros y las manos, de los cuerpos todos que han atravesado ese pulso que ahora descansa sobre su pecho.

Este es el recuerdo que guardo de él. Recuerdo intervenido y modelado por otras voces, otras manos; modificado por la inevitable influencia en la forma, de lo que vendrá, de aquello que desató esta necesidad de palabras buscando un orden y el destierro del olvido. Este es el recuerdo que me han forjado, porque cuando él cerró las puertas de su vida apenas si yo tenía cuatro años.

Lo primero es el rostro y la voz de Anneris Amaltea, sobrina de Ángel, tía de mi madre. Tía Nelly para todos, para siempre. Memoria y voz, narradora omnisciente de la compleja trama de los días que fueron. Sus vidas –la de ella y la de Ángel Varela– transcurrieron inseparables, incluso salvando la distancia, unos pocos años; distancia que fue incapaz de engendrar lejanía. Trabajaron juntos los campos de Cerro de Leones, cerro Largo y La Porteña. Arrearon a lomo de caballo el ganado y en domingos de primavera acortaban las leguas a Tandil, volviendo –al día siguiente– a labrar el campo otra vez. La tía Nelly siempre conservó muchos recuerdos vívidamente, pero hay uno que tal vez podría ser el comienzo de esto que arriesgo y me atrevo a ordenar, con la imposibilidad dolorosa e irreparable de su ausencia y mi caótica memoria, desde un rincón de esta España (ya no tan una, ya no tan grande, ya no tan libre) y donde se alza aquel nacimiento reclamando ser inicio.



Sin datos.

Clemente, Ángel y Anneris

Agradecimientos:

A todos los que tanto han cuidado de mí en estos años, peregrinos y turbulentos, de precariedad.

A todas las patrias que he habitado.

Gracias.